




José Luis
Llorente Gento

GENTO

Real

geoPlaneta 

José Luis
Llorente Gento

GENTO

R e a l

GENTO – Real

1.ª edición

geoPlaneta

Diagonal 662-664. 08034 Barcelona

geoplaneta@planeta.es – www.geoplaneta.com

© Editorial Planeta, S.A., 2024

© Textos: José Luis Llorente Gento, 2024

© Imágenes del cuaderno de fotografías: archivo personal de la familia Gento, excepto pp. IX abajo, XII abajo, XIII arriba y XVI: © Real Madrid; p. XI © RFEF; p. XIV abajo:

© Bob Thomas/Popperfoto/Getty Images

© Fotografía de cubierta: Real Madrid Exclusive / Getty Images

Diseño de cubierta: Júlía Gaspar

Iconografía: DAU, Grupo Planeta

ISBN: 978-84-08-28149-8

Depósito legal: B. 17.144-2023

Impresión y encuadernación: Black Print

Printed in Spain – Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

SUMARIO

<i>Prólogo</i>	7
<i>Presentación</i>	9
Capítulo 1. El Real Madrid de Di Stéfano y Gento, una obra imperecedera	13
Capítulo 2. El niño que soñaba con un balón de reglamento	25
Capítulo 3. Alfredo y Paco, una amistad cuajada en el verde	35
Capítulo 4. De niño a futbolista	43
Capítulo 5. Bernabéu y Saporta, una dupla en el origen del mito	57
Capítulo 6. La inconcebible gesta del Real Madrid yeyé	81
Capítulo 7. En familia	113
Capítulo 8. Paco y los jefes	135
Capítulo 9. Paco Gento, icono a su pesar	157
Capítulo 10. Los que vinimos después	181
Capítulo 11. Los enemigos amigos	209
Capítulo 12. ... Y así lo vieron sus compañeros	225
<i>Agradecimientos</i>	247

CAPÍTULO I

EL REAL MADRID DE DI STÉFANO Y GENTO, UNA OBRA IMPERECEDERA

«¡Se acabó! Y sin solución, señoras y señores. La prórroga ya es inevitable. El Milán de Maldini, Liedholm y Schiaffino ha exhibido un fútbol más preciso y fluido. El Real Madrid ha pretendido contrarrestar sus carencias combatiendo, a veces, consigo mismo. Los jugadores pululan ahora por el césped. Forman corrillos espontáneos o escuchan al míster, estiran las piernas, y beben, beben mucho. De forma automática, como sonámbulos, se detienen cuando se encuentran y se dan ánimos. Ahí está Di Stéfano, que se acerca muy serio a Gento y le habla. Ojalá pudiera llevar este micrófono hasta ellos y...»

«Paco, escúchame. El equipo está roto. No podemos más. Solo tú puedes sacarnos de esta. Eres el único que aún está fresco.»

Paco asiente con la cabeza y comienzan a temblarle las piernas. Da una palmada a Alfredo para confortarlo, quizá para darse ánimo a sí mismo. Por primera vez siente el peso de una responsabilidad desconocida. Él, que sigue jugando con la pasión que le apremió de niño a correr tras una pelota de retales, con la fuerza con que recogía el ganado familiar ladera arriba, con el instinto como fuerza dominante, como guía de su voluntad. No era la primera vez que el Real Madrid dependía de sus pies, pero sí la primera en la que Alfredo, el indestructible, se lo pedía. La primera vez que le cedía los galones en una ocasión memorable.

Por fortuna, al proseguir, las carreras tranquilizan al extremo y recomponen las líneas blancas. Más asentado, con la convicción de quien siente la victoria y la Copa de Europa como propias, el Real Madrid comprime al Milán. Por fin, en una larga jugada que culmina unos minutos de presión, Gento remata un rechace y consigue el gol de oro. Un disparo raso, cruzado, que adjunta al cuero el alma de un jugador y la fuerza de un equipo.

Fue entonces cuando un gran futbolista se convirtió en leyenda.

LA VOLUNTAD DEFINIDA EN EL ORIGEN

La dinámica incontenible del círculo virtuoso los propulsó hacia una meta al principio indefinida, nítida al cabo de las temporadas. Querían ser el mejor equipo del mundo. Eran futbolistas de temperamento granítico, de un tiempo en que cada uno aprendía el juego a través de la intuición. No tardaron en congeniar y se nutrieron de la creciente confianza en su talento y valor como conjunto, también del afán de ser partícipes de una historia inolvidable. Arropados por los muros de un símbolo en ciernes, el estadio concordaba con su aspiración, y quizá su esplendor ejerció como un acicate majestuoso. Los monumentos se levantan después de las grandes victorias. Santiago Bernabéu invirtió el proceso: antes de ganar ninguna ya tenía su arco de triunfo. La primera piedra del imperio fueron muchas y extemporáneas, lejos de la lógica de la victoria, de la riqueza económica, tal vez más cerca de la bendita locura.

Acicate u obligación para corresponder a la aspiración del presidente y a los sueños de los socios, el equipo de los cincuenta se embarcó en una travesía en la que primero se fraguó el carácter para, más tarde, pulir la pericia. Con una racha inigualada en la Copa de Europa, pareciera a vuelapluma que el dominio se propagó irresistible, con la fuerza de un huracán —o una galerna— que se levanta en un suspiro para arrollar cuanto encuentre a su paso. No fue así. La frecuencia traiciona la memoria y la capacidad de análisis, debilitadas por la bruma de una realidad tan próxima que diluye los pormenores.

Como ocurre en los ciclos brillantes y, en apariencia, inevitables, su devenir pende de momentos cruciales, de circunstancias minúsculas que derivan el destino en favor de quienes escribirán la historia. Describámoslos como arranques de inspiración o genio, o como el juego invisible de los espíritus que actúan en pro de la gloria. Tal vez el reino de lo cuántico se alinee con las naturalezas aventureras, empeñado en escribir páginas imperecederas que capten el estado de ánimo de quienes presenciaron tales proezas. Luego, como en las epopeyas de Homero, como en el *Cantar de mio Cid* —por vía oral o escrita—, solo hace falta relatar las hazañas de los héroes para que queden inscritas en el imaginario

colectivo. Impregnarán la piel de las siguientes generaciones, que sentirán cerca la fuerza de sus ancestros y el compromiso con las virtudes que manifestaron hasta convertirse en referencia.

Aun así, siendo cardinales las raíces y el desarrollo del tronco, habrían resultado insuficientes para dar vida al mejor club de fútbol del globo. Se necesitó el coraje de los herederos para añadir nuevos capítulos a la leyenda: el pasado inspira, pero, sobre todo, obliga a los valientes. Di Stéfano, Joseíto, Santamaría, Rial, Gento, y muchos más, iluminaron al Real Madrid yeyé con la generación de una fuerza que ya giraba cuando llegaron. La comprensión de su papel decretó su relevancia: que los sucesores inmediatos fueran dignos legatarios de una senda victoriosa, del ímpetu en la persecución de la grandeza. Sobre todo, de una forma de actuar, de la pasión por las obras, del vínculo con la virtud. Amigos, que los títulos no nos deslumbren. La inercia madridista no solo radica en su cosecha de títulos. Está en la búsqueda de lo impensable. Marcó el ánimo de quienes formaron parte de la fragua de la gloria y sigue alumbrando proezas en el siglo XXI. Las penúltimas, las de una Champions de fútbol y una Euroliga de baloncesto conseguidas tras remontadas ajenas a cualquier lógica.

No solo los jugadores que los sucedieron se sintieron deudores de *aquellos maravillosos años*. También los presidentes se han visto impelidos por la visión y la determinación de Bernabéu. Desde Luis de Carlos hasta Florentino Pérez, pasando por Ramón Mendoza y Lorenzo Sanz, ninguno ha dejado de reverenciar al presidente que diseñó el sueño. Cada cual a su estilo, con sus recursos y circunstancias. Ninguno más cerca de él, en méritos y atrevimiento, que el actual, el hacedor de una segunda época formidable, inimaginable de no ser blanca, en la que palpita centelleante el estadio reestrenado, erigido sobre los vestigios de aquel que alumbró el imperio.

LA VICTORIA, LA PAUTA MADRIDISTA

Pero retrocedamos de nuevo. El Madrid de Di Stéfano no solo tenía un compromiso con la institución y sus seguidores. Además, lo movía un compromiso autoimpuesto, impulsado por latidos aislados, inapreciables al principio, significativos con el

paso del tiempo. De forma paulatina, los jugadores dieron vida a una doble obligación con la excelencia: por un lado, con la victoria, el fin último del deporte; por otro, con la estética.

Jugaban porque querían ganar. Por supuesto, los dirigentes les exigían el máximo rendimiento, el núcleo del pacto silente entre el club y los socios.

«En el Madrid había que ganar siempre. No podíamos ni pensar en el empate», sentenciaba Paco con voz rotunda. «No había amistosos», aseguraba, muy satisfecho con la cosecha del Teresa Herrera, el Carranza, el Colombino... «Íbamos a La Coruña y a Cádiz y teníamos que volver con el trofeo. Si no, Bernabéu se mosqueaba.»

Ellos también los consideraban piezas de caza mayor. La distinción entre un amistoso y un partido oficial se convertía en superflua cuando saltaban al terreno de juego. Eran temporadas con menos encuentros, y las fórmulas de competición seleccionaban los escasos cruces entre los grandes de Europa y América. De forma que el escalafón se medía también en otras circunstancias, en torneos o enfrentamientos singulares, sin importar su cariz, porque la reputación siempre estaba en juego, o, expresado con otras palabras, en entredicho. Como sigue sucediendo hoy en el rugby, la mayor honra que se podía rendir al contrario era batirte contra él con todo tu poder. En el caso del Real Madrid, derrotarlo. De lo sustancial de aquellos encuentros da fe el número de medios internacionales que los cubrían. Sin importar que estuvieran en liza equipos de sus respectivas nacionalidades, corresponsales y cámaras de los países más relevantes del fútbol, tanto de Europa como de América, incluso de Marruecos, se desplazaban a las sedes para el envío de la información pertinente.

Nunca podremos rastrear con detalle cómo cuajó aquella pulsión colectiva, una exigencia sin límite. Dos cosas tengo por evidentes. A Paco le apasionaba el fútbol y se pirraba por ganar a cualquier juego. Sin embargo, nunca habló de esta responsabilidad como de un deber pesado, impuesto desde fuera. De ese modo no habría funcionado. Por más que Bernabéu y Saporta siempre pensarán en grande, por más que lo desearan, su anhelo hubo de ser compartido hasta el tuétano, requirió la asunción recóndita de los propios futbolistas.

ALFREDO DI STÉFANO, LA CORREA DE TRANSMISIÓN

La relevancia de la Saeta Rubia en la operación de transferencia de propósitos fue primordial. Encajó con don Santiago desde su llegada, con seguridad por tratarse de dos hombres de fútbol; acaso, también, por compartir genio, en su doble y positiva acepción de la palabra.

«Es el jefe. Lo que dice Alfredo va a misa», recalca Paco en las sobremesas interminables de mi infancia. Siempre lo señaló como el motor de la energía blanca. «Corría hacia cualquier lugar donde un compañero o el equipo necesitara su presencia. Era sorprendente cómo podía estar siempre en el sitio exacto.» También lo destacaba como el director de las corrientes de motivación en los encuentros. Una mirada, un gesto, no digo ya un grito, eran suficientes para poner firme a cualquiera. «Había días que se cansaba más de chillarnos que por correr. ¡Alfredo es el mejor, de siempre! Además de obligarte, veía el fútbol como nadie. Estaba pendiente de todo. ¡Y metía goles! ¿Quién más puede hacer eso? Nadie. Nadie lo hizo, nadie lo está haciendo», zanjaba para los concurrentes, aunque parecía que hablaba también consigo mismo. A veces, lo que empezaba como una conversación se convertía en un monólogo, pues cuando el que habla ostenta la legitimación de su *auctoritas*, el silencio es la conducta adecuada.

Sin embargo, el asunto no fue así de simple. Siendo elemental e innegable el aporte del argentino rubio, la cristalización del marco madridista precisaba la concurrencia de otros temperamentos enérgicos que se sumaran afinados en el mismo acorde.

En el tercio defensivo, el comandante fue un uruguayo con las estrellas bien puestas. José Emilio Santamaría era el amo de aquella parcela, su área de ordena y mando, el modelo que seguiría Beckenbauer. La fuerza e inteligencia del central del eje se volcaron más tarde en el emprendimiento, como en el caso de Marquitos. Siempre que coincidí con este último mostró una personalidad vehemente, arrolladora. A un arranque sorpresivo de su fogosidad se debió el empate a tres en la primera final europea contra el Stade de Reims, cuando el equipo estaba acosado por las dudas y los minutos se agotaban. De no ser por aquel arrebató, quizá la historia habría sido diferente.

Y qué decir de Kopa y de Puskas, estrellas mundiales con sus selecciones. El primero, Balón de Oro en 1958, fue considerado por muchos medios como el mejor jugador del Mundial de ese mismo año. En cuanto al magiar, fue el futbolista más brillante del orbe hasta que llegó el exilio de aquella selección de Hungría que asombró al mundo. Hombres de carácter, cuajados en época compleja.

Por su parte, Paco ejerció un liderazgo tan silencioso como radical. Reclamó para sí la banda izquierda con carreras continuas, algunas sin término feliz; otras, que parecían no tenerlo, lo alcanzaron. Esta es la diferencia entre los buenos jugadores y los grandes, que ejecutan lo que no puede ningún otro. Perseguió como un poseso todos los balones que le lanzaban, bajaba a por ellos al centro del campo, incluso a la defensa, para crear ocasiones y desahogar el juego. Tanto insistió que en un par de temporadas el orden táctico se desequilibró hacia su banda: se adueñó de una gran zona del campo, un hecho formidable para la época, gracias a sus piernas portentosas, veloces e incansables. Ni siquiera la llegada del mismísimo Raymond Kopa consiguió el balance. Y no, no fue su extraordinaria rapidez lo que le hizo grande. Fue su capacidad de replicarla cuantas veces lo exigiera el encuentro.

Amén de la victoria, el otro compromiso que contrajeron los jugadores, aún más íntimo, fue con la estética del juego. No les bastaba con doblegar contrarios. Sentían que tenían la obligación de ofrecer su habilidad, rayana en lo artístico, a los fieles que acudían a verlos jugar. A través de la superación en su hacer, convirtieron su oficio en inspiración, en una danza con balón en la que cabían la fuerza del hábito y la espontaneidad: la belleza de la ejecución, del poder de la colaboración social que nos hizo humanos. Tanto gozaron quienes los vieron en acción que jamás los olvidaron, y muchos madridistas que llegaron después los conocieron a través de los ojos de sus padres, de los cuentos de sus abuelos. Una fuerza ofensiva sin precedentes ni sucesores, el destino irremediable al que los condujo su andadura. Solo el Brasil del 70, el de Pelé, Tostão y Rivellino, pudo equipararse a ellos en el siglo XX.

LA FINAL DE GLASGOW, LA OBRA MAESTRA

Ambos afluentes de su compromiso —el laboral y el vital— se fundieron en la quinta Copa de Europa. Una loa al fútbol admirable por su precisión, humana por pequeños errores que ofrecieron inútiles opciones al Eintracht de Frankfurt. Una muestra de superioridad exquisita, afinada como si el entrenador hubiera sido un coreógrafo. Una obra magistral, el sello definitivo de una conjunción de dirigentes y futbolistas vertebrados por el ingenio.

Aquel día de los cuatro goles de Puskas y los tres de Di Stéfano, Paco llegó ¡veinte veces a la línea de fondo!, además de ser objeto de un penalti. Tampoco cuentan las crónicas que, salvo un par de despistes, con probabilidad debidos al síndrome de Stendhal, la defensa madridista brilló coordinadísima, con el sabio Santamaría dirigiendo el eje tras Vidal y Zárraga, con los raciales Pachín y Marquitos cerrando cada lateral. Los alemanes ya jugaban como siempre han jugado. Paco recordaba un magnífico extremo derecho: «¿Cómo se llamaba este...?», decía, como si fuera a acordarse. Siempre tuvo mucha memoria para las personas, aunque menos para los nombres. Como si estos, al fin y al cabo, no fueran más que circunstanciales. «Todo el mundo se llama de alguna manera, ¿no? No conozco a nadie todavía que no tenga nombre», me soltó uno de esos días en los que te dejaba perplejo y sonriente.

La pieza de maestría irrefutable podría dar a entender que los rivales eran mancos y que el Madrid ganaba solo con presentarse. Nada más lejos de esta suposición. Un mes antes de la final, Bernabéu cambió al entrenador, Fleitas Solich, al que se acusó de cierta pasividad y de la inconsistencia del equipo. La sustitución se originó en la escasa tolerancia del presidente, una forma de perfeccionismo, y el elegido fue Miguel Muñoz.

LA LLEGADA DE MUÑOZ Y EL PATINAZO DE DIDÍ

Una de las tribulaciones que ocupaban la mente del citado Fleitas fue la integración del brasileño Didí. Contratado por Bernabéu en su obstinación de que no decayera el potencial de la plantilla, su llegada abrigó expectativas de grandes tardes.

Sin embargo, el campeón mundial, el autor del primer gol en Maracaná, el inventor del disparo bautizado como *folha seca* —por caer zigzagueando tras subir bruscamente, como las hojas de los árboles al morir— no se adaptó a su nuevo mundo.

Cuenta Paco: «Aquel invierno fue muy lluvioso. ¡Llovía más que en Santander! Didí estaba más tiempo sacándose el engrudo de los tacos que jugando, moviéndose dubitativo en el barro, tambaleándose. Eso dañó nuestro fútbol y añadió parsimonia al juego ya pausado del brasileño, contrario a la esencia del Madrid de entonces: uno o dos toques, movimiento continuo y balones en profundidad».

Didí era demasiado calmado para un equipo al que le gustaba galopar, replegarse y cargar con rapidez, todos dispuestos al tajo. Y el brasileño se hacía el remolón, lo que a Alfredo y sus lugartenientes, cuyos principios eran irrenunciables, no les debía de sentar bien.

«Didí era muy bueno, pero lento.» Esta era la sentencia que repetía Paco en referencia al gran jugador brasileño. Luego, torcía la cabeza con un leve gesto de contrariedad, como disgustado con sus palabras. Como imaginando lo que habría sido el Madrid de haber tenido Didí otra concepción del fútbol, de haber sido una versión brasileña de Rial.

Pero ya no había vuelta de hoja. O se engrana la pieza o no hay forma de que el motor funcione, y aquel Real Madrid se conjuraba para batallar a otras revoluciones. Lo exigían la tradición del grupo, el orgullo del líder y las propias características de sus integrantes. Jugadores de piel dura, muchos ya curtidos en innumerables escaramuzas. No había tiempo para la pasividad, para actitudes rayanas en la contemplación por más sublimes que fueran.

Con ser de calado los problemas del entrenador —el malestar de la estrella que no cuaja y cierta irregularidad inesperada—, aún hubo más obstáculos en el camino hacia la final de Glasgow. Justo tres días antes de la final, la selección española disputaba un amistoso contra Inglaterra en Madrid. España ganó tres a cero y Alfredo y Paco jugaron —de forma excelente— el partido completo. Que los obligaran a participar en un amistoso solo se entiende porque el prestigio estaba en juego en cualquier partido. No hay otra forma de verlo. Volaron al día si-

guiente para encontrarse con sus compañeros, que ya estaban en la ciudad escocesa. Volvieron a ganar y Paco declararía orgulloso a Tomás Roncero en el diario *As*, muchos años después, que «aún tuvimos fuerza para derrotar a los alemanes».

«Tenía alguna duda las horas previas. No se me notaba, pero estaba nerviosillo», resaltaba mientras adoptábamos una posición de escucha. Había poco que hacer en aquella tarde lluviosa de verano y aunque lo hubiera habido. Cuando el patriarca hablaba, la tribu se recogía a su alrededor en silencio. Alguna señal debía de transmitir nuestro extremo zurdo, porque el general que nunca descansa se acercó a su vera: «¿Cómo te encuentras, Paco?», le preguntó Alfredo en el vestuario, siempre atento a la Galerna. Paco movió la cabeza, encogió los labios y los cerró, como diciendo ni fu ni fa, ya veremos. Las dudas lógicas de las situaciones diferentes, de las sobrecargas de trabajo no deseadas.

No tardaría en alejar sus inquietudes, por otra parte habituales en la cita crítica. ¿Quién no se ve sorprendido por emociones repentinas en esos instantes? Nadie se libra de la visita de la incertidumbre, ni siquiera Rafael Nadal. Por fortuna, tampoco a Paco le duró mucho aquel día. La primera de las veinte veces que dejó atrás a la defensa alemana se dio cuenta de que era el de siempre.

Retroceder unas semanas y poner la lupa en el detalle diario basta para que descubramos los pormenores que entretejieron los hilos de una racha pentacampeona. Los citados solo son botones de muchas muestras que surgieron previamente con potencial para alterar el curso de la historia. Remontémonos, por ejemplo, a la primera Copa de Europa y al encuentro de vuelta contra el Partizán de Belgrado. Un césped congelado, resbaladizo, en el que solo mantener el equilibrio suponía un desafío, una disputa que Paco recordaba como uno de los momentos más sufridos de su carrera. Al frío helador hubo que añadir la persecución de fanáticos rivales que los golpeaban y se lanzaban contra ellos para derribarlos.

Aquel encuentro, que hoy no se habría jugado, tuvo un héroe poco reconocido: el defensa Becerril, que jugó muchos minutos con un dedo del pie roto. Todavía no habían llegado los cambios. De hecho, la eliminatoria estuvo a punto de suspenderse, como cada vez que nos cruzábamos con *los comunistas* en

época de Franco. Fue Saporta, el diplomático, quien consiguió que el Gobierno cediera y no quedáramos eliminados. En la final de ese mismo año llegaría el citado gol de Marquitos contra el Stade de Reims. Conocí a Becerril más de veinte años después, cuando era conserje de la única sala de musculación del Consejo Superior de Deportes que teníamos en los años setenta. Enterado de quién fue, me dirigí a él para presentarme, y después charlaríamos muchas veces sobre aquel partido. Como es natural, estaba orgulloso de haber pertenecido a aquel equipo, y relataba su hazaña con la sencillez de quien se limita a hacer lo que debe exigido por el momento y su responsabilidad.

Podríamos contar sucesos parejos en cada temporada, como el gol de oro de Paco contra el Milán, el rival más certero que tuvieron enfrente. Contaban los que presenciaron el encuentro, y los propios jugadores blancos, que los milanistas tuvieron un gran día y los arrinconaron contra las cuerdas. Pero ni el hecho de ser peores los detuvo. No se trataba solo de jugar al fútbol. La Copa de Europa era una cuestión personal, de carácter.

KOPA-PACO, UNA UNIDAD DE CONTRARIOS LETAL

No fueron fáciles los inicios de Raymond Kopa en el Real Madrid. Preguntado en la prensa francesa por su mediocre rendimiento, el delantero respondió con lógica y deportividad: «Los primeros meses no estuve muy bien servido en la banda derecha. Todo pasaba por la izquierda, porque había un jugador llamado Paco Gento». La energía de las galopadas del extremo español sesgaba la maquinaria ofensiva blanca. Sus compañeros se habían acostumbrado a lanzar balones al espacio porque allí tenían un extremo que siempre se los devolvía. De esta forma, la extraordinaria calidad de Kopa pasó la penitencia del novato, un paso casi obligado para quien llegó a un equipo que comenzaba a funcionar con la precisión de un reloj suizo. Además, él siempre había jugado con libertad en la delantera. Un atacante móvil, quizás un antecesor de Benzema, inteligente, habilidoso y exquisito.

Pero el nueve pertenecía de pleno derecho futbolístico a Alfredo Di Stéfano, por lo que no le quedó más remedio al francés que adaptarse a la banda derecha, si bien sus regates y carreras

derivaban a menudo hacia el interior. En cualquier caso, Kopa se adaptó con prontitud a equilibrar el juego del equipo por el lateral diestro, ya que el conocimiento nutría el resto de sus virtudes. Así, el Real Madrid encontró el camino de la perfección en dos jugadores en las alas que casi definían al resto: cuando el peligro acechaba al equipo bastaba lanzar un balón a Paco para que galopara; o pasárselo a Kopa para que lo pisara, lo escondiera o lo pusiera, con un regate o un cambio de ritmo, fuera del alcance del rival. Tanto se tocaron los extremos que los centros de Paco, que se abrían templados hacia el segundo palo, fueron culminados en ocasiones por el galo, excelente rematador con ambos pies y con la cabeza lanzándose en plancha.

La estancia del mejor jugador del Mundial de 1958 no se prolongó por problemas de adaptación familiar, sumados a la enfermedad de su hijo (que, por desgracia, fallecería con solo cinco años en 1963). El futbolista lamentaría más tarde aquella salida obligada del Real Madrid, consciente de que perjudicó su carrera.

Muchos años después, tuve la fortuna de asistir a un reencuentro entre los dos antiguos compañeros. Kopa había olvidado casi todo su español y Paco apenas era capaz de pronunciar unas palabras en francés, pero entre ellos brillaban las sonrisas de complicidad, con la felicidad ingenua de quien ha hecho todo en la vida y solo le queda recordarlo.

PUSKAS, LA CULMINACIÓN DE UN EQUIPO

Los cincuenta avanzaban con el dominio del Real Madrid, que aún buscaba mayor brillantez por pequeñas dosis que pudiera añadir. Entonces, llegó Puskas. Y el equipo se convirtió, sin apelación posible, en el mejor de los años cincuenta. La primera mitad del decenio estuvo dominada por el genio húngaro, que no pudo concluir su obra por la lesión que sufrió en la final del Mundial 54. Ni siquiera la fulgurante aparición de Pelé, en mitad del largo reinado blanco, es comparable, pues la fuerza de su figura se volvería incontrovertible con el paso de los años, ya en la década de los Kennedy, los Beatles y el Apolo 11.

Observado con el prisma del siglo XXI, con la serenidad que otorga el repaso sosegado de una historia que continúa, lo suce-

dido causa asombro. El afán casi fantasioso de una junta directiva que reunió a un grupo de jugadores para hacerlo suyo en busca de lo imposible y de la perfección. La superación de obstáculos de todo tipo para lograrlo, incluidos el proceloso fichaje de Di Stéfano y la sombra de la cesión de Paco. La conjunción de liderazgo y clase en un momento mágico para el fútbol. El paradigma de una forma de entrega por unas ideas simbolizadas en un escudo. El compromiso de un grupo de hombres con una identidad propia. El fulgor de una entidad universal en medio de una España oscurecida por la pobreza y la ausencia de libertad; un contraste enigmático en apariencia, solo explicable a partir de la genialidad.

Ningún otro equipo ha tenido su trascendencia, la mayor en la historia del fútbol. Hasta la tradición de Brasil se rompió, y la *canarina* nunca más se pareció a la de los setenta, quizá la mejor de sus versiones, superior a las anteriores del 58 y el 62. Solo la selección brasileña del Mundial 82 practicó el *jogo bonito* para extinguirse después. El Inter de Milán, el Ajax, el Liverpool y el Manchester United, por citar quizá los más clásicos, los que empezaron dinastías tempranas, se encuentran muy lejos, remotos en méritos. Puede que el Bayern sea el más cercano, aunque a una distancia incalculable. No hay ninguno tan longevo. Ninguno se ha exprimido en busca de revivir el pasado glorioso, su doble compromiso con la victoria y con la exigencia de su estadio.

Por si estas páginas y razones les parecieran innecesarias o insuficientes, permítanme que aporte un último argumento. El Real Madrid vivificó la Copa de Europa con su espléndido juego y sus victorias consecutivas. Se enfrentaban a sus rivales y a ellos mismos, conscientes de su superioridad y de la fragilidad de cualquier obra humana. La competición era una recién nacida y, como cualquier proyecto que pretenda trascender, necesitaba mitos que la definieran, que la ensalzaran y pregonaran. Protagonistas inabarcables a los que emular y a los que vencer para intentar colocarse a su altura, para presumir de haber batido al imbatible. Cuando el Benfica destronó al Madrid en la final de Eusebio, lo primero que fue a buscar el genial mozambiqueño no fue el trofeo. Quería la camiseta de Di Stéfano: esa era la conquista. Porque Alfredo era su ídolo y porque el Real Madrid era la Copa de Europa.